

Donald Meltzer dialogando con James Fisher

Stanley Ruszczynski y James Fischer:

Intrusiveness and Intimacy in the Couple

Karnac Books, London, 1995.

pp. 107-114

Traducido por Cl. Bermann, C. Tabbia y C. Gleason

Mientras hablábamos de cómo iba a presentarle a los lectores de este libro –para muchos no necesita presentación– el Dr. Meltzer mencionó los relatos autobiográficos de Isaac Bashevis Singer recogidos en *En la corte de mi padre* (1979). La ‘corte’ en el libro de Singer, o el Beth Din en el yiddish en que estos relatos fueron escritos originalmente, es la corte rabínica, antigua institución entre los judíos. En su nota introductoria Singer escribió:

El Beth Din era una especie de mezcla de sala de juicios, sinagoga, casa de estudio y, por qué no, consultorio de psicoanalista donde la gente con el alma preocupada podía acudir a desahogarse. La posibilidad de existencia de una mezcla tal y su necesidad, queda probado por la continuación del Beth Din a lo largo de numerosas generaciones. [...] El Beth Din no podía existir sino entre gente con profunda fe y humildad, y alcanzó su cenit entre los judíos cuando estos estaban completamente despojados de poder e influencia terrena. [Singer, 1979].

Esto me recordó una historia que contó el Dr. Meltzer en la presentación del libro *Sinceridad* y otros trabajos (1994). Al pronunciar

de memoria su discurso de fin de estudios en la escuela secundaria, cuando iba por la mitad, de repente se le olvidó todo, y oyó la ‘encantadora y amable risa’ de su padre entre los asistentes. Se dijo que su padre estaría pensando que él hubiera sido incapaz ni siquiera de ponerse de pie para recitar semejante discurso; y en ese momento recobró la memoria y continuó. Al escucharlo uno se daba cuenta de que aquello no era un ‘reírse de él’. No era la ‘multitud interna, cuchicheando y arqueando las cejas’ que el Dr. Meltzer dice que le persigue en su trabajo de escritor, la que figura en esa historia, sino que se trata del recuerdo de su padre y de la presencia de un objeto interno que para él está vivo y así lo sentían los que le escucharon ese día.

Una cosa que siento en esta transcripción editada de las cuatro ‘entrevistas’ con el Dr. Meltzer es que me es imposible transcribir su risa cariñosa que acompañaba muchas de las observaciones que hacía. Los que le han oído hablar entenderán lo que quiero decir. La observación que él hace al final de la conversación de que el analista comparte sus objetos internos con su paciente es un muy buen cuadro de la intimidad de la relación analítica, así como de la dependencia que reside en el centro de la vivencia humana. Y es cierto no solo respecto a los analistas sino también a los profesores, padres e, indudablemente, a todo compañero en una relación íntima.

En esta conversación con el Dr. Meltzer, el lector tiene la oportunidad de ‘escucharle’ en presencia, creo yo, de la ‘risa amable y encantadora de su padre’ y, nos dice, de su analista y maestra, Melanie Klein, y otros maestros, colegas y amigos, Roger Money-Kyrle, Esther Bick, Wilfred Bion y Martha Harris, entre otros.

Es cierto que el estudiante diligente de sus obras no encontrará en estas conversaciones que el Dr. Meltzer añade cosas de gran significado a lo que ha expresado en sus numerosas publicaciones. Pero para la mayoría de los lectores, quizá apunte hacia temas con los que no están familiarizados. Quizá sea incluso un tanto frustrante para los que no conocen bien su obra el hecho de que pasa de un tema a otro sin una exposición sistemática que quizá hiciera sus observaciones más accesibles.

Los lectores tendrán también que hacerse cargo de que mis confusiones, preguntas y preocupaciones no son las suyas y por lo tanto a

veces nuevo la conversación hacia direcciones que ellos no hubieran elegido. En cierto modo esto representa mis esfuerzos por comprender el pensamiento del Dr. Meltzer, a veces servirá de ayuda y otras quizá resulte una distracción. He incluido referencias en los casos en que me ha parecido que dirigen al lector hacia el lugar donde puede encontrar una aclaración.

No estoy seguro de hasta qué punto se reconoce al Dr. Meltzer como pensador sistemático y riguroso. Quizá no sea obvio para los que hojean ocasionalmente su ya considerable corpus de trabajos y libros publicados. El describió una vez sus escritos como ‘divagaciones’ como ‘pueblos alpinos cuya posición la determina la roca sobre la que cada uno se sitúa’, e ‘interconectados solo en un sentido muy amplio y de manera quebrada’ (Meltzer, 1986, p. 9). Al Dr. Alberto Hahn le debemos la edición y publicación de los trabajos compilados del Dr. Meltzer, algunos de los cuales estaban aún inéditos y otros publicados en lugares poco accesibles (Meltzer, 1994). En su conjunto, la obra del Dr. Meltzer constituye una ‘metapsicología extraordinariamente sistemática, que amplía de modo particular la obra de Melanie Klein y de W. R. Bion.

Los lectores interesados en esa metapsicología encontrarán en las conversaciones con el Dr. Meltzer ideas que les animarán a seguir explorando. Otros lectores, como yo, simplemente se relajarán disfrutando de la manera generosa y amable que tiene el Dr. Meltzer de hablar de aquello en lo que está interesado. Los que nos esforzamos por trabajar psicoanalíticamente con parejas, nos veremos a veces detenidos en la marcha para comprender lo que dice, a veces entretenidos, y también a veces confusos. Pero en general creo que los lectores encontrarán en las conversaciones y en el Dr. Meltzer una sensación de vida, de estar abierto a la realidad del mundo interno y de los objetos internos de los que en último término dependemos. Es una invitación a entrar en la ‘corte de su padre’.

James Fischer: En *El Claustro* (Meltzer, 1992) usted describe cómo se llegó a dar cuenta de que al hablar de identificación proyectiva Mrs. Klein pensaba, al parecer, en objetos externos, mientras que

usted estaba empezando a comprender la identificación proyectiva con objetos internos.

Donald Meltzer: Tomando el trabajo original [“Notas sobre algunos mecanismos esquizoides”, Klein, 1946] y el trabajo sobre la identificación [“Sobre la identificación”, Klein, 1955], creo que Mrs. Klein pensaba en la evolución de un estado mental *consecutivo* a la identificación proyectiva. Aunque escribe sobre eso como si fuera primariamente con un objeto de envidia y de admiración como un objeto externo, no parecía en ninguno de los dos trabajos que hubiera mucha relación externa con ese objeto, más bien se trataba de una relación en la fantasía y que podía ser interpretada como con objetos internos. Creo que ella no tenía absolutamente claro en su propia mente la cuestión de “interno” y “externo”.

J. F.: ¿Esa distinción establece una diferencia significativa?

D. M.: Establece una diferencia, en particular cuando estás refiriéndote a parejas y cuando hablas de la operación de la identificación proyectiva en relaciones íntimas. Entonces establece una diferencia muy grande. Creo que una de las razones es que ahí hay un fenómeno que tiene un gran parecido con eso que es la mutua identificación proyectiva en acción, que da lugar a lo que llamamos una relación de *folie-à-deux*. En el caso de las parejas, puede dar lugar al sadomasoquismo, que es el modo en que probablemente más se manifiesta. Pero también pueda dar lugar a lo que a veces se llama el matrimonio de “casa de muñecas”, en el que las personas se comportan como si estuvieran fusionados por la cabeza y pensarán y hablarán en tanto pareja usando el pronombre “nosotros” en lugar de “yo”, por ejemplo. Ellos no solo parece que viven en armonía, sino que parece que tienen idénticos puntos de vista, idénticos valores, idénticas experiencias, etc. Esta forma de fusión por identificación proyectiva parece ser diferente del mecanismo esquizoide al que se refirió Mrs. Klein. Parece ser, realmente, un mecanismo muy sofisticado y mucho más cercano a fenómenos histéricos y obsesivos que a mecanismos esquizoides.

J. F.: Vería que eso conduciría a una *folie-à-deux*, pero la idea de que es diferente de lo que Mrs. Klein quería decir con la noción de identificación proyectiva nos invita, creo, a repensar la noción de “identificación proyectiva mutua”. Pero, saltando al otro extremo del espectro, ¿qué diría sobre esos mecanismos o defensas operando en una relación de pareja que se dice “normal” donde por momentos parece haber algo entre las dos personas que puede parecerse a eso?

D. M.: Eso, probablemente, trae a colación la diferencia entre momentos de *con*-fusión y momentos de fusión. Hablando en términos de momentos, y de la dinámica de un momento particular, es diferente de ver la relación caracterizada de modo continuo por una operación mental particular entre dos personas. Estoy seguro de que esos momentos de fusión y de confusión ocurren en todas las parejas.

J. F.: Entonces puede ser un signo de salud mental que las personas puedan gestionar esos momentos, es decir, que puedan entrar y salir de esos modos de relación.

D. M.: Sí. Eso tiene que ver con la diferencia entre *estar* confuso y *sentirse* confuso. Cuando es algo momentáneo –un estar confuso– las personas se recuperan, se sienten confusas y salen a través de la comunicación. Parece ser un proceso normal y sano en las parejas: momentos de confusión, seguidos de sentirse confusos y superándolo con la comunicación.

J. F.: Quizá sea eso a lo que muchas personas se refieren al usar el concepto de “identificación proyectiva” en el sentido de Bion y hablan de una forma de comunicación no verbal.

D. M.: Comunicación no-verbal, sí. No lo incluiría ahí, aunque el movimiento desde sentirse confuso a comunicarse puede, ciertamente, pasar por la comunicación por identificación proyectiva, en el sentido de Bion, en un sentido no intrusivo, no coercitivo. Pero no querría confundir los dos, o verlos como equivalentes. En ellos se da, diríamos, un “movimiento mental” muy diferente hacia la otra persona. La

identificación proyectiva en el sentido kleiniano es realmente bastante agresiva, quiere controlar y manipular el estado mental de la otra persona. Cuando es mutua viene a ser un duelo de esgrima, o incluso una guerra declarada, control, dominio, etcétera. Es bastante agresiva.

J. F.: En cierta manera, en la pareja sadomasoquista parecen contentos, incluso satisfechos con esto.

D. M.: Sí, en la pareja sadomasoquista por supuesto se acostumbra a actuar la fantasía de identificación proyectiva. Se descubre, me parece, que la fuerza motriz de la fantasía es una intrusión en el coito de los padres y el asesinato del futuro bebé. Es una relación colusiva.

J. F.: ¿Usa “sadosmasoquista” en un sentido amplio, o diría que hay otras formas de relaciones colusivas?

D. M.: Pienso que la colusión es un modo de relación que puede hacer o no uso de la identificación proyectiva, y en el que puede haber o no sadomasoquismo. Es un tipo particular de alianza, que no es lo mismo que amistad o intimidad. Es una alianza para compartir un objetivo. Es esencialmente una relación política.

J. F.: Pasando ahora a los trabajos de Mrs. Klein sobre los mecanismos esquizoides [Klein, 1946] y sobre la identificación [Klein, 1955] y pensando en los trabajos de Bion sobre ataques a los vínculos [Bion, 1959] donde desarrolla la noción de Mrs. Klein de identificación proyectiva, me parece que él hace un gran avance en su visión de la función comunicativa de la identificación proyectiva, describiendo casi un fenómeno diferente al que Mrs. Klein había descrito.

D. M.: Bueno, uno está acostumbrado a ver en Mrs. Klein —en la posición esquizo-paranoide— ataques al pensamiento pero no ataques al pensar. Esto me parece que es un gran salto adelante. Bion ve ataques a las funciones, no simplemente a los productos de esas funciones. Mrs. Klein hablaba de la fantasía inconsciente, el pensamiento, las relaciones que los encarnan, etc. Bion ha dado un gran empuje al tema,

pasando a considerar en su profundidad la noción de ataques a las funciones en sí.

J. F.: Pero en cierto sentido es difícil considerar la identificación proyectiva como otra cosa que un ataque a la función de pensar y, sin embargo, él lo ve como un acto de comunicación.

D. M.: Ese es un tipo diferente de “identificación proyectiva”, es la identificación proyectiva no intrusiva cuyo fin es la comunicación no-verbal.

J. F.: Si se pasa del trabajo de Mrs. Klein al de Bion, resulta difícil pensar que estén hablando de lo mismo, aunque él lo llama “identificación proyectiva”.

D. M.: Creo que quizá él cometiera un error táctico más que teórico.

J. F.: Cuando usted hace la distinción entre identificación “intrusiva”, significando lo que Mrs. Klein llamaba “identificación proyectiva”, e identificación proyectiva en el sentido de Bion de interacción comunicativa [véase por ejemplo Meltzer, *Metapsicología ampliada*, p. 70-74], ¿si Bion estuviera aquí diría: “claro, por supuesto” o esa es una pregunta injusta?

D. M.: Lo que Ud. me está preguntando es si creo que Bion me entendería; diría que ni mejor ni peor de lo que lo entiendo yo a él. Tenemos mentalidades muy diferentes.

J. F.: Admito que este tipo de pregunta hipotética en realidad no se puede contestar; pero lo que estoy tratando de preguntar es si es una distinción a la que llegó usted al pensar y trabajar con Bion, o si está usted mirando con una cierta perspectiva lo que dijo Bion y pensando: “bueno, debe de haber ahí dos nociones diferentes”.

D. M.: Apenas trabajé con Bion. No supervisé con él. Solo tuve seminarios. No puedo decir que haya trabajado con Bion. Solo conozco sus escritos y eso, claro, es como mínimo, muy problemático.

J. F.: ¿Pero hay alguna relación entre las dos? La distinción que hace usted entre identificación “intrusiva” en el sentido de Mrs. Klein e identificación “proyectiva” en el sentido de Bion parece muy útil, aunque haya muchos que no lo tengan en cuenta.

D. M.: Es cierto que en la descripción de Bion de la identificación proyectiva para comunicación de pensamiento no existe la concreción de la escisión e identificación proyectiva contenida en la identificación intrusiva de Mrs. Klein. Bion realmente habla de funciones y del contenido de esas funciones.

J. F.: Mrs. Klein habla específicamente de funciones excretorias y uretrales, y de proyectarlas, de ponerlas en la madre. Elizabeth Bott Spillius [Spillius, 1988^a] dice que los analistas kleinianos actualmente interpretarían menos en términos de funciones anatómicas como pecho, pene y más en términos de funciones psicológicas como ver, oír, pensar, evacuar. ¿Se podría decir que esto se vincula, de alguna manera, con la distinción entre la “identificación proyectiva” de Bion y la identificación intrusiva de Klein?

D. M.: Pienso que el concepto de Mrs. Klein de escisión e identificación proyectiva implica siempre una parte cognitiva del *self*. En mi opinión, en esa operación hay una intrusión muy *concreta* dentro del objeto, y ese aspecto cognitivo se bifurca en los aspectos identificatorios y los proyectivos o claustrofóbicos del estar dentro.

J. F.: Al decir usted aspecto proyectivo o claustrofóbico se está refiriendo a un aspecto cognitivo del *self* que podría ser consciente, elaborar juicios, tener percepciones, lo que podríamos llamar tener “experiencias”, *dentro* del objeto.

D. M.: Vive allí y vive allí siendo un mundo particular. Un mundo con una organización particular y cualidades particulares. Y aunque en muchos sentidos tiene semejanzas y formas derivadas del mundo exterior, tiene su propia ética. Es esencialmente algo muy primitivo.

J. F.: ¿Entonces la diferencia entre esos aspectos proyectivos o claustrofóbicos y los aspectos identificatorios incluye la idea de que estos últimos están relacionados con la naturaleza del *self* mismo?

D. M.: Sí y la naturaleza del *self* del objeto con el que tiende a tener una inmediata identificación, es decir, el *self* del objeto tal como es concebido, imaginado por el *self* del intruso.

J. F.: ¿Sucedre siempre así? ¿Es un rasgo habitual que la identificación no es simplemente una intrusión, sino una identificación *con* el objeto en el que se ha realizado la intrusión?

D. M.: Eso es lo que pienso. En cuanto una parte del *self* entra o se mete en el objeto fenomenológicamente, hay esa simultánea bifurcación en su experiencia. No implica una escisión pero es algo que ocurre simultáneamente. Se vivencia *tanto* la identificación *como* las cualidades claustrofóbicas de ese mundo.

J. F.: ¿Por eso Mrs. Klein usó el término *identificación* proyectiva, porque tenía en su mente ese proceso de identificación con el objeto?

D. M.: En su mente *solo* tenía la idea de identificación proyectiva con el objeto. Pienso que para ella era el descubrimiento del mecanismo de la identificación narcisista.

J. F.: Usted distingue tres grandes áreas en esas vivencias claustrofóbicas [Meltzer, *Claustrum*, 1992]. ¿Se podría decir, sin embargo, que unas son más claustrofóbicas que otras?

D. M.: Oh, sí. La identificación proyectiva en el pecho es verdaderamente *claustrofilica*. Incluso la proyección en el genital es bastante claustrofilica y da lugar a una especie de erotomanía. La identificación proyectiva en el pecho da lugar a un tipo de mentalidad de ‘lotófagos’¹.

¹ Lotófagos: uno de los pueblos encontrados por Odiseo en el norte de África, que vivían en el olvido indolente, drogados por consumir la fruta del legendario loto [Nota del T.]

J. F.: En nuestro trabajo con parejas, cuando encontramos la identificación intrusiva, primeramente debemos estar encontrando una intrusión en el recto [ver Fischer, 1994].

D. M.: Pienso que es probable que sea fundamentalmente una intrusión en el recto porque lo que trae a estas parejas [a la consulta] es mayormente que están empecinadas en el sadomasoquismo.

J. F.: Estas parejas, a veces, relatan que en su relación ha habido una fase de gran erotización, aunque no es ese el estado en que se encuentran en ese momento.

D. M.: Sí, quizá realmente haya empezado con ese tipo de felicidad, indolencia, etc. del lotófago. La luna de miel tiene con frecuencia esa cualidad. Lo que describí en *El Claustro* [Meltzer, 1992] es esa clara tendencia que tiene la fenomenología a descender atropelladamente a través del genital al recto.

J. F.: Eso nos sirve para entender a algunas parejas. Estoy pensando en una en concreto; ellos describen esa vivencia tipo Nirvana que tuvieron al principio y que a veces logran cuando se van sin los niños y que es una experiencia de éxtasis mutuo. Pensamos que se trata de fusión pero se podría ver como un tipo de erotomanía de intrusión en la fantasía inconsciente dentro del genital de la madre [ver Fisher, 1994].

D. M.: Pienso que el sentimiento de fusión es propio de toda la fenomenología de la identificación proyectiva: la pérdida de los límites del *self*, la ilusión de extraordinaria intimidad, etcétera.

J. F.: ¿Entonces diría usted que eso explica su tremenda desilusión o la intensidad de la relación cuando vienen a consulta, porque tienen el contrapeso de algo que fue casi irreal en su excitación?

D. M.: Sí.

J. F.: Creo que una de las ideas más difíciles de entender para la ma-

yoría de nosotros es la de identificación proyectiva en objetos internos. Al pensar en la relación entre la pareja y la relación que hay en su mundo interno con objetos internos, a veces hablamos de eso como una externalización del objeto interno. ¿Cómo encaja en su opinión el aspecto interpersonal de esto con la noción de identificación proyectiva en el objeto interno?

D. M.: En el caso de la pareja, cada uno de ellos identifica al otro como un aspecto del objeto interno. Por ejemplo, el hombre puede experimentar a la mujer como la madre sádica, la madre aprisionante, la madre erótica, la madre protectora. Todo ello es parte del salir desde la infancia hacia lo que se considera el mundo adulto.

J. F.: Que siempre tiene una pseudo-cualidad en estas relaciones, esa cualidad adulta es siempre...

D. M.: Tiene una cualidad pseudo-madura; suele ser pomposa o presuntuosa o frágil, etcétera.

J. F.: Me causó impresión una pareja que al tener un bebé, cada uno se relacionaba con el bebé de un modo que consideraba un modo más maduro, pero al relacionarse entre sí revertían a una relación muy infantil. ¿Cómo podían manejarse así con el bebé? ¿Por qué puede él tolerar bien a la beba con sus rabias y sus humores, ser cariñoso pero firme con ella, pero cuando su mujer está enferma a veces se pone tan irrazonable? Por ejemplo, estaba furioso porque telefoneó y ella no contestó porque no se sentía bien.

D. M.: Por supuesto, lo que se torna tan difícil de seguir para el terapeuta es el paciente que está continuamente “dentro y fuera”. No es simplemente un cambio de humor, es un cambio de la manera de percibir el mundo. Mientras en un momento determinado su propio bebé es experimentado como un objeto parcial, parte de la madre, o parte del padre, al momento siguiente es su bebé, le preocupa, siente cariño por ella, siente ternura por ella, etc., y no está en identificación proyectiva. Es inestabilidad con letras mayúsculas cuando la persona

entra y sale de la identificación proyectiva. Por supuesto puedes ver esto representado en sueños en los que el paciente va del exterior al interior y vuelve a salir nuevamente, y tú ves esos cambios en la manera de percibir el mundo.

J. F.: Usted enfatiza y ha explicado que la madre toma la prioridad en este proceso y que la cuestión de un tipo de identificación proyectiva con el padre es, en cierto modo, secundaria, o es un medio de acceso a la madre, o está en relación con la madre. ¿Lo he entendido bien, el papel del padre aquí parece inherentemente secundario?

D. M.: Así me parece, no solo inherentemente secundario sino esencialmente objeto parcial.

J. F.: ¿En qué momento se da un cambio en ese papel del padre? Estoy pensando en la dinámica Edípica en la relación.

D. M.: Eso también es muy inestable. Cuando un chico se mete en la relación entre mamá y papá, enseguida parece relacionarse con el padre como objeto parcial.

J. F.: El psicoanálisis es la relación de una pareja, el paciente y el analista. Aun no entiendo la privacidad de ese tipo de relación, es decir, intentando pensar en la transferencia infantil al analista o terapeuta, esa relación íntima en presencia de la pareja, o alternativamente, hablar de la relación íntima en la pareja en presencia del terapeuta. Sé que usted no ve a parejas juntas.

D. M.: No, en realidad no.

J. F.: En lo que estoy pensando es que alguno de nosotros no terminamos de entender el movimiento del *setting* individual, en donde hay un tipo de relación íntima, y el pasar a involucrarse con una pareja, donde hay una relación íntima en presencia de otro, o un sentimiento de estar mirando su relación íntima y a la relación que se establece contigo como terapeuta.

D. M.: Bueno, creo que las personas que piden terapia de pareja van con una transferencia preformada muy rica, es decir, que van como una pareja pidiendo consejo a una figura parental, apoyo, disciplina, etc. Van con una transferencia infantil preformada como pareja.

J. F.: ¿Podría extenderse un poco más sobre esta noción de transferencia preformada?

D. M.: Si se piensa en los comienzos del psicoanálisis cuando los pacientes no sabían mucho de qué se trataba, quizá no fuera un fenómeno tan claro. Pero hoy en día muy pocos pacientes llegan al análisis sin ideas previas sobre ello, sobre lo que va a pasar, y lo que debería ser y lo que no, etc. Todo eso y la conducta que lo refleja constituyen una transferencia preformada que hay que dismantelar realmente para hacer sitio, como si dijéramos, a una auténtica respuesta de transferencia, para que la acción, el proceso, la mentalidad del analista puedan obrar un impacto individual. Por supuesto, todo análisis, por esa misma razón, es en cierto modo diferente y está relacionado con lo que Freud llamó las “particularidades” del analista, de su mentalidad así como sus particularidades físicas. Pero cuando el paciente llega por primera vez, tiene una transferencia preformada profesional, normalmente llena de ideas, de expectativas, de limitaciones, dudas, inseguridades, etc. Son esas las cosas que también impiden a la gente enamorarse, las ideas preformadas que tienen sobre el sexo opuesto, por ejemplo, y eso deja muy poca posibilidad de abandonarse a la experiencia de enamorarse. Por otro lado, también, hay pacientes que llegan y enseguida se enamoran en la transferencia y ahí se puede ver ese proceso realmente infantil del impacto estético y la huida de él.

J. F.: ¿Sugiere entonces que la gente viene a terapia de pareja con un tipo particular de transferencia preformada, no tanto al psicoanálisis o a lo que entienden por relación analítica, sino más a una figura paterna que los guíe?

D. M.: Sí, creo que la gente que viene a terapia de pareja se relacionan probablemente entre sí de un modo muy infantil y necesitan guía

paterna como transferencia preformada. Su objetivo no es investigar sino ser instruidos, o ser castigados, o que les digan que se amen mutuamente, etc.

J. F.: Esto plantea la cuestión de la expectativa que puede tener una persona que viene a terapia. Alguien podría cuestionar el ofrecer una oportunidad analítica a gente que viene con la expectativa de solucionar cosas, solucionar problemas.

D.M.: Mientras usted no presente erróneamente el producto que ofrece, las expectativas del paciente no son más válidas que las de cualquier comprador de cualquier artículo. Hasta que él no diga: 'Quiero algo de plata esterlina' y usted diga: "Tengo una preciosa plata esterlina, ya sé que no lo parece pero desde luego lo es". Quiero decir que eso es un fraude y si te acomodas a las expectativas del paciente es un tipo de fraude o de seducción.

J. F.: Pero sí que se plantea la vieja cuestión sobre cuál es el fin del análisis. En el pasado la gente iba con síntomas, hoy en día la gente viene al análisis a causa más bien de dificultades con larga historia y, en cierto modo, tienen una idea de lo que quieren entender, en cierto modo quieren un análisis.

D. M.: Sí, bueno. Creo que en general los analistas hoy día aclaran a los pacientes bien al comienzo que no van a hacer desaparecer síntomas con el análisis, que el análisis es una investigación, y ya que, en gran parte, es una investigación sobre los enredos de las personas y confusiones, uno espera que si aclara cosas les hará bien de alguna manera. Pero los analistas no prometen nada específico y si resulta que a los pacientes nos les gusta, deben sentirse libres para irse y así lo hacen. Lo que el analista hace, y que a mí me parece legítimo, es animar a los pacientes a continuar cuando se sienten desanimados y normalmente se desaniman porque no han mejorado.

J. F.: Ayer tuve una pareja en la que el hombre se quejaba del coste en dinero y en tiempo, cien veces mayor que el coste de un libro del

tipo “hágalo-usted-mismo” y no conseguía el consejo que estaba buscando.

D. M.: Le diría: se ha confundido usted de lugar, por supuesto, si lo que busca es un consejo; yo no me dedico a eso.

J. F.: Una de las suposiciones del Instituto de Estudios Maritales de la Tavistock es que se pueden usar conceptos psicoanalíticos para entender la relación de pareja de la misma manera que se entiende la relación paciente-analista en el análisis.

D. M.: Sí, lo más importante es hacer observaciones psicoanalíticas y comunicárselas al paciente. No creo que los conceptos sean muy importantes, excepto en la medida en que los conceptos le permiten observar cosas que de otra manera no hubieras percibido.

J. F.: Una cuestión es el campo de observación. Existe un debate sobre si las observaciones deberían limitarse a la relación de la pareja que tienen en la consulta, tal como ellos lo describen y tú lo ves, o si la observación incluye la relación entre la pareja y el terapeuta. Es un debate sobre la transferencia y sobre qué es interpretado.

D. M.: Todo lo que se observa en la consulta es susceptible de ser interpretado, y por interpretación, por supuesto, me refiero principalmente a descripción. La interpretación del significado está tan implícita en la descripción que en realidad no es una cuestión aparte. Creo que eso quedó desechado junto con el concepto de mecanismos de defensa específicos.

J. F.: La tarea de esa observación, si entiendo lo que ha dicho y escrito, es facilitar la emergencia de los aspectos infantiles de la personalidad para clarificarlos, nombrarlos, tornarlos disponibles, de alguna manera, para ser pensados.

D. M.: Sí, eso creo y añadido con la esperanza de disminuir la confusión, todo tipo de confusión, en la que las cosas se hacen equivalentes

o están tan escindidas que parecen carecer de contacto mutuo. Existen dos tipos opuestos de confusión: confusión por falta de diferenciación y confusión por escisión.

J. F.: Ese es un estado mental muy diferente y una visión de la interpretación muy diferente de aquella que trata de explicar al paciente o a la pareja el por qué esto o el cómo de aquello.

D. M.: *Cómo* es una pregunta diferente de *por qué*. Cuando le muestras a una persona cómo, les estás mostrando la secuencia de acontecimientos y la forma en que conducen al otro. No estás haciendo implicaciones causales, y pienso que nosotros no tratamos con causalidad realmente, tratamos con juicios y decisiones y valores, etc.

J. F.: Esto nos llevaría lejos de esta entrevista, hacia otro tema: el de la causalidad.

D. M.: Sí y nos llevaría hacia otra dirección, hacia la función educativa del análisis, que tiende a ser fuertemente negada, pero, por supuesto, los pacientes no podrían negarlo.

J. F.: En uno de los trabajos sobre la interpretación, “Interpretación rutinaria e interpretación inspirada: su relación con el proceso de destete en el análisis” [Meltzer, 1973] usted habla de pasar desde una relación pedagógica a una relación de camaradería, un cierto sentido de exploración conjunta. ¿Ud. piensa que esa es una visión comúnmente compartida del proceso analítico?

D. M.: No pienso eso, no.

J. F.: Eso se desprende de algunas de las cosas en la tradición desde Mrs. Klein que gente como Money-Kyrle ha enfatizado.

D. M.: La tradición en psicoanálisis es que la interpretación es una forma de instrucción, como si eso fuera algo diferente de la pedagogía; esto lo dejó en la posición que podría ser llamado “reductiva”.

J. F.: Mi impresión es que en la historia del psicoanálisis ha habido muy poco trabajo psicoanalítico ‘standard’ con parejas. ¿Se le ocurre alguna idea por qué debería ser?

D. M.: No sé. ¿Cómo se hace en el Instituto de Estudios Maritales de la Tavistock?

J. F.: Bueno, creo que estamos intentando trabajar y pensar de modo psicoanalítico *standard*, de la misma manera que lo haríamos con pacientes individuales, pero ocurre raramente, pocos lo llevan a cabo. Es difícil interesar a los psicoanalistas en el trabajo analítico con parejas.

D. M.: Pienso que es un dificultoso desafío porque tienes que salir de la tribuna y bajar al campo y todavía funcionar como un árbitro.

J. F.: ¿Entonces es más como un análisis o psicoterapia de niños?

D. M.: Es más participativo. Creo que la gente se acerca a los estudios maritales como comentarista más que como un participante en una disputa a tres bandas o a cuatro. Eso tal vez sea psicoterapéutico pero no es psicoanalítico. Es difícil meterse en medio de una pareja, no es solo el evitar las patadas en la espinilla; también pueden sospechar de tus sentimientos y tus motivaciones si te atrae o repele uno de ellos.

J. F.: Tengo la impresión de que algunos dirían que se ha alterado la estructura analítica al invitar a la pareja a entrar en esa experiencia. Se lo vería como que no es analítico.

D. M.: Bueno, la pareja está siempre presente en el análisis, solo que no puede hablar por sí mismo o misma. Y el analista tiene el problema de tener que discernir las representaciones erróneas. Pensaría que no es muy diferente cuando estás actualmente con una pareja. Tú tienes tus funciones de árbitro, pero también tienes la función de volver a “poner la pelota en marcha”² para que siga el juego. No creo que

² Nota: La expresión “*throwing-in-the-ball*” significa volver a poner la pelota en marcha cuando esta ha salido del campo de deportes.

sea muy diferente pero entiendo que la técnica conlleva sus propias tensiones y dificultades especiales. También hay involucradas dificultades contratransferenciales. Pero no pensaría que se alejan del tipo de dificultades de la práctica analítica, aunque para mí es un misterio cómo se pueda hacer análisis en grupo.

J. F.: ¿Cuál sería la dificultad principal?

D. M.: No puedo imaginar mi mente trabajando suficientemente rápido para observar la metapsicología individual en acción. Siento que solo podría, a lo mejor, captar la atmósfera general y cosas por el estilo. Pero nunca hice terapia de grupo porque cuando comencé en este terreno, encontré que lo odiaba.

J. F.: Bion habla de una especie de mentalidad grupal, ¿no es así? Hay un fenómeno de la vida mental del grupo peculiar al propio grupo, casi como si fuera un estado mental de grupo.

D. M.: Bion fue bastante único en su habilidad para reunir a un grupo sin ninguna intención de obtener beneficio en ello, incluso se burlaba de ellos si esperaban obtener beneficio. Su modelo del buen oficial que no teme ni el odio ni el amor de su tropa a mí no me resultaría atractivo como modelo de terapia. Es muy bueno, pero no me atraería en absoluto.

J. F.: Pienso que una de las importantes contribuciones que usted ha realizado es su énfasis en la interpretación como observación más que como explicación. ¿Podría decir algo más sobre la observación en el consultorio?

D. M.: Hablando psicoanalíticamente, he tenido varios maestros de los que he cogido varias cosas. De Mrs. Klein tomé la interpretación. De Money-Kyrle, la paciencia y la amabilidad. De Bion, el pensar. Pero de Mrs. Bick cogí la observación. Ella fue una gran observadora, no solo de observación de bebés, sino observación clínica. No es algo fácil de aprender, porque en nuestro ambiente intelectual hay tanto

énfasis en las palabras, y un énfasis tan litigante en el recuerdo preciso del lenguaje: que está mejor por escrito, que hay que escribirlo para fijarlo, etc. Pero la cuestión es que la observación psicoanalítica de lo que dicen las personas tiene que ver con las cosas que tú no puedes poner por escrito, no solo la música de lo que dicen, sino aquellas cosas en las que la escucha y la interpretación están tan unidas que se relacionan con las cosas que yo he llamado, por ejemplo, la “temperatura” y la “distancia” de la comunicación, tan importantes en la situación analítica, tanto la observación de la temperatura que emana del paciente como la observación de la temperatura que emana de ti, y si esta hace subir o bajar la temperatura que emana del paciente. Y también observar la cuestión de la distancia, porque la intimidad requiere un cierto estrechamiento de la distancia de la conversación, lo mismo que uno lo hace automáticamente en una fiesta, pongamos por caso. El variar la distancia de la persona con la que estás hablando conlleva tan tremendo significado que si te acercas una pulgada más a una mujer, le puede parecer que la estás violando, y cosas así.

J. F.: Esto, por supuesto, supone un desafío con una pareja, porque la distancia que tienes con uno de los miembros de la pareja tiene su implicación con la relación que mantienes con el otro miembro de la misma.

D. M.: Más se parece a un partido de *volley-ball* que a un partido de dobles en el tenis, por ejemplo, porque la pelota rebota durante un rato en este lado del campo antes de pasar al otro lado, y así sucesivamente.

J. F.: ¿Qué principio opera cuando usted está pensando sobre la distancia? Me da la impresión de que se podría decir que ahora estamos hablando más acerca de hacer que de observar. ¿Cómo se relaciona esto con la observación?

D. M.: Observando el interjuego de diferentes estados mentales.

J. F.: Pero usted hace una elección acerca de dónde te posicionas psicológicamente.

D. M.: Estoy hablando primero sobre notar dónde se ha colocado a sí mismo. Entonces puedes decidir si ese es el lugar correcto para estar.

J. F.: Entonces, ¿qué principio opera a la hora de decidir cuál es el lugar correcto?

D. M.: Bueno, el principio que opera es el de reconocer la existencia de esa invisible barrera entre lo ocasional y lo íntimo. Y es una barrera muy rígida; aunque es invisible es discernible, y las maneras de discernirla es, primordialmente, mediante la contratransferencia.

J. F.: Y ese cambio se puede ver durante el curso del proceso analítico.

D. M.: En los sueños de los pacientes se puede ver cuánto cambia. Se puede ver, por ejemplo, en los sueños de una paciente mía, quien tiene siempre el problema de que se lanza precipitadamente a la intimidad y luego desaparece rápidamente. El sueño más reciente es uno en el que *ella se despertó por la mañana y se dio cuenta de que estaba en una cama en un consultorio y yo estaba en el consultorio en otra cama, y pensó: ¿Qué está ocurriendo aquí?* Le interpreté que quería decir “¿Qué ha estado ocurriendo aquí todos estos años?”. Llevaba unos cuatro años en análisis. Le dije que lo que había tenido lugar era una relación amorosa psicoanalítica llevada por ella desde el principio, precipitándose en intimidad sexual conmigo. Le recordé el famoso sueño del coito en el umbral de la puerta: “...*al salir del consultorio hicimos repentinamente el amor en el umbral de la puerta*”. Después, durante años, desaparecía con regularidad de modo que me resultaba casi imposible entrar en contacto con ella hasta que gradualmente volvió a entrar en la transferencia materna, y esto poco a poco ha ido desarrollando una cualidad de objeto combinado. Su padre se ausentaba durante períodos de seis meses para trabajar en el extranjero, durante gran parte de su infancia, de forma tal que sus retornos periódicos eran un tanto explosivos.

J. F.: Ella tiene un sueño y dice: “¿Qué está ocurriendo?”, y usted le dice algo así: “Pienso que quieres decir: ¿qué ha estado ocurriendo?”

Esto es una observación pero también podría ser visto como explicarle algo a ella.

D. M.: Bueno, explicación de lo que significaba en el sueño haber “estado dormida” y lo que eso significaba en cuanto a la relación de transferencia y el hecho de que apareciera en sus sueños solamente en el curso de los últimos años de su análisis.

J. F.: O sea que la observación, en cierto modo, casi le ayuda a tomar nota de su propia observación de que ha “estado dormida” hacia lo que está claro en los sueños: que lo que lleva ocurriendo es que hay una relación amorosa.

D. M.: Sí.

J. F.: O sea que en ese sentido le invita a convertirse en observadora de su propia experiencia.

D. M.: A tomar nota, tomar nota de la intensidad de sus sentimientos y de la cualidad de sus sentimientos en la transferencia.

J. F.: Pensando en el concepto de distancia, cuando hay dos terapeutas en el consultorio con una pareja, hay dos personas preguntándose dónde nos hemos posicionado, dónde me he colocado, y dónde mi compañera. Si usted estuviera en esa situación, ¿a qué dirigiría su pensamiento o su atención?

D. M.: Me interesaría tomar nota, en primer lugar, de cuáles fueron las alianzas. Puede que no sean las alianzas visibles en absoluto. Quizás tú y un miembro de la pareja os habéis aliado y tu compañera ha entrado en alianza con el otro miembro. Después tomaría nota de hasta qué punto es un juego de habilidades o cuánto es competición.

J. F.: En ese sentido, solo se amplía el campo, porque hay más posibilidades. El principio sigue siendo el mismo: observar lo que está vivo en el consultorio.

D. M.: Sí y nominarlo.

J. F.: Podría decir algo más sobre la temperatura o quizás podría ilustrar lo que quiere decir con el término temperatura. ¿Se refiere a la intensidad emotiva?

D. M.: La intensidad emotiva, eso es.

J. F.: Usted no habla solo de observar la temperatura sino de una especie de modulación.

D. M.: Modulación, sí; mantener en ese momento la temperatura en un nivel que se pueda trabajar, la cual cambia más o menos sistemáticamente en el curso del análisis. El tipo de temperatura que hace que los pacientes huyan en una sesión es la temperatura que los retiene en la intimidad en una sesión posterior.

J. F.: ¿Cómo se puede conectar eso con la regresión? Hay quienes hablan de fomentar o no la regresión en el paciente.

D. M.: Bueno, nada empuja más a un esquizofrénico a un estado regresivo como ponerse demasiado cálido con ellos. No lo pueden tolerar. Les entra pánico. Los confunde.

J. F.: ¿Usted busca el fomentar un tipo de regresión manejable?

D. M.: No, intento desanimar cualquier forma de regresión, manteniendo al paciente en un contacto funcional.

J. F.: ¿Eso podría ser visto como una diferencia fundamental del enfoque kleiniano?

D. M.: No sé si es kleiniano. Sin duda, mi sentimiento es que la regresión constituye una pérdida de integración, una pérdida de observación, y una pérdida de la capacidad de pensar, etc. No veo nada bueno en la regresión.

J. F.: Creo que la gente que trabaja de esa manera sugeriría que es una especie de proceso de reelaboración, un proceso que hace que el paciente regrese y reviva.

D. M.: Esa es una visión winnicottiana. Creo que es peligroso y perjudicial. Genera omnipotencia en el terapeuta y saca de quicio al paciente.

J. F.: Fomentando el darse cuenta, la observación: ¿usted lo entiende en términos de un nivel de una parte del *self*, es decir, la parte más adulta del *self* como observador?

D. M.: No; pienso que la observación está conectada con la atención y se relaciona con la conciencia.

J. F.: Los niños son buenos observadores, o pueden serlo.

D. M.: Pueden serlo. Pero en general me parece que en el análisis uno puede asumir que todo lo que está dentro del campo sensorial del paciente es observado, pero no se le presta necesariamente atención. El objetivo de tus comentarios como analista es atraer la atención del paciente para hacerle notar aquellas cosas que tú has notado. Gran parte del modo en que te das cuenta, por supuesto, es, en primer lugar, prestando atención a tu contratransferencia.

J. F.: Tengo la impresión de que esta cuestión de la observación, de valorar el darse cuenta está ligado también a la distinción que usted subraya entre pensar y actuar, entre comunicación y acción. ¿Lo que le interesa es la comunicación?

D. M.: Sí. Me interesa ampliar el campo de atención y así mejorar la posibilidad de comunicación. Cualquier paso hacia la acción, en realidad, es un paso hacia el cierre.

J. F.: En términos de transferencia se plantea la cuestión sobre el empleo de hombres o mujeres como co-terapeutas. El rol del padre y de la pareja parece cobrar más prominencia.

D. M.: Se complican las cosas porque no solo se introducen conceptos de masculino y femenino, sino que se introducen *personalidades* masculinas y femeninas de un tipo particular, teniendo una quizás más penetración que la otra, o siendo una más atractiva que la otra y eso distorsionar todo el proceso.

J. F.: ¿Cree que oscurece el proceso?

D. M.: Bueno, cuando se tiene un terapeuta solo, aparte del hecho de que físicamente sea más masculino o más femenino, no es probable que el tipo de personalidad vaya a ser radicalmente diferente si es un terapeuta razonablemente sano, me parece. Pero si introduces dos terapeutas tienes dos personalidades muy diferentes junto con la relación mutua, que puede existir o no existir entre ellos. Quizás solo exista como una relación contractual.

J. F.: Indudablemente existirá a nivel profesional. Ahora, si eso es solo una relación contractual puede ser una cuestión interesante, si las relaciones profesionales en terapia son solo contractuales o si inevitablemente incluyen algo más que eso.

D. M.: Mi impresión es que las relaciones profesionales son relaciones contractuales. Y que las relaciones íntimas son privadas y no se manifiestan en el consultorio.

J. F.: Aún no me queda claro en qué sentido cree usted que el proceso se distorsiona. Pareciera como si lo distorsionara en un sentido que sería irrecuperable.

D. M.: Lo distorsionaría en el mismo sentido que la vida familiar tiende a ser matriarcal o patriarcal. Parece ser bastante raro encontrar familias donde se da un equilibrio de objeto combinado, al menos esa es mi impresión.

J. F.: Parecería ser particularmente cierto porque muchas de nuestras parejas co-terapeutas están compuestas por terapeutas en formación con uno senior.

D. M.: Sí, todavía es más probable que sea cierto.

J. F.: ¿Qué impacto tendría eso en el proceso analítico, el hecho de que está distorsionado por este desequilibrio, si hay desequilibrio? ¿No sería más trigo para el molino?

D. M.: Bueno, si el molinero es eficiente, sí. Eso es generalmente cierto en el método analítico. Si el analista es realmente eficiente, usa todo. Pero si no es suficientemente eficiente, las invasiones en el *setting* fomentan un infierno, por ejemplo.

J. F.: Estoy pensando en co-terapeutas masculinos y femeninos. Podría ser algo introducido ocasionalmente para ver qué efecto produce, pero como una práctica, si es que las cosas se tuerzan de una manera que es difícil de manejar, nos gustaría revisarlo, pienso. Uno de los argumentos usados por Henry Dicks [1967] en la Clínica Tavistock fue que él cambió de dos terapeutas a uno, con la propuesta de que un terapeuta puede integrar todas las proyecciones en lugar de tenerlas escindidas en dos terapeutas. ¿Eso es algo similar a lo que usted estaba diciendo?

D. M.: Sí; creo que dos terapeutas es un tipo de manipulación experimental desesperado, que no querría hacerlo.

J. F.: “Desesperado” es una palabra bastante fuerte; como “manipulación”.

D. M.: Bueno. Creo que surge de una especie de desánimo. Creo que cada vez que se trata de alcanzar modificaciones técnicas es probable que sea por desánimo acerca de la comprensión.

J. F.: Históricamente hablando la razón fue que se veía a los miembros de la pareja por separado, luego en el Family Discussion Bureau [el antiguo nombre del Instituto de Estudios Maritales de la Tavistock], Dicks y otros empezaron a experimentar con cuatro personas a la vez. Se veían bastantes ventajas, no se lo veía como un experimento

manipulativo y desesperado. Pero siempre estamos revisando nuestro modo de trabajar psicoanalíticamente con parejas. Para usted eso es una alteración en la estructura de la relación analítica, pero estando la pareja en la habitación o no. Yo casi lo había considerado al revés, que el tener a la pareja en la habitación plantea cuestiones sobre si se puede trabajar psicoanalíticamente. Usted parece más positivo a ese respecto y más negativo en cuanto a dos terapeutas.

D. M.: Del mismo modo que soy escéptico respecto a la terapia de grupo. Creo que hay demasiadas cosas para realizar un seguimiento, consciente o inconscientemente, así que creo que inevitablemente más bien se va simplificando hacia una configuración de supuesto básico. Para mí la relación uno a uno en el análisis parece acercarse hasta un punto de ser abrumadora. Seguir la transferencia y la contra-transferencia es estar siempre al borde de que sea demasiado para los individuos. Es difícil ver que multiplicando a los participantes se va a simplificar, sino todo lo contrario.

J. F.: ¿Puedo pasar a otra cosa de la que no hemos hablado? Es la cuestión de la relación de pareja en el área de la identificación adhesiva. Usted una vez describió el caso de un niño que necesitaba tener siempre cerca cierto objeto que le proporcionaba un tipo de segunda piel para integrarse. Esos objetos se utilizaban como un exoesqueleto. Pienso en eso en relación a la pareja, donde a veces vemos ese tipo de desesperación, una especie de identificación adhesiva adulta.

D. M.: La identificación adhesiva forma parte del contacto social ordinario de tal modo que sería difícil asignarle un papel patológico, excepto cuando el desarrollo de la dimensionalidad ha estado tan retrasado que apenas si hay oportunidad para otra cosa que no sea la identificación adhesiva.

J. F.: No hice esa conexión entre relaciones contractuales e identificación adhesiva. Si eso es verdad, entonces la mayor parte de nuestra existencia está caracterizada por alguna forma de identificación adhesiva.

D. M.: Oh, creo que es una parte muy normal de lo que llamo contacto social casual. Cuando no quieres hacer ningún esfuerzo, utilizas la identificación adhesiva.

J. F.: Lo cual viene a decir que uno se identifica, por ejemplo, con la asociación de la que forma parte. Su identidad está conformada o formada por ese enlace. Algo como, por ejemplo, el ejército: soy un oficial del ejército, y eso es lo que soy. Me identifico con mi regimiento. ¿Es eso a lo que usted se refiere con identificación adhesiva en el adulto?

D. M.: Sí; la identificación adhesiva parece consistir en una especie de arrastrarse sensualmente por la superficie de la otra persona a fin de evitar cualquier tipo de estimulación mental. Algo semejante al de los boxeadores en una llave; cierra distancia a fin de evitar contacto, un contacto significativo y comunicativo o incluso agresivo, principalmente para evitar la comunicación.

J. F.: Una pregunta que ocasionalmente surge respecto a la identificación proyectiva, en la medida en que se refiere a un objeto externo, es si se trata de identificación introyectiva de parte del otro.

D. M.: Mi opinión es que se requiere comunicación para cualquier tipo de introyección y de identificación introyectiva. El peligro en cualquier grupo es que la comunicación se torne simplemente en dar órdenes y en acciones y entonces la comunicación no sea factible.

J. F.: ¿Podría decir algo más sobre la relación entre comunicación e identificación introyectiva?

D. M.: Creo que, excepto en el caso de las otras formas artísticas, la transformación en lenguaje es una parte muy esencial del paso de los objetos parciales a los objetos totales en el mundo interno.

J. F.: ¿El lenguaje está en el corazón de eso?

D. M.: Bueno, la transformación, el encontrar el lenguaje, la nominación. Sin eso es algo realmente etéreo.

J. F.: Si son *solo* palabras, no es nada. Pero si no se expresa en palabras no hay posibilidad de memoria, de pensar.

D. M.: Sí, creo que se queda como fantasía inconsciente a nivel de objeto parcial y por tanto como plan de acción. No constituye una relación, la comunicación es esencial para la relación.

J. F.: ¿Cuál es su opinión sobre otras formas de lenguaje? Estoy pensando en la relación Barenboim-du Près donde, se decía, ellos podrían comunicarse mutuamente cuando tocaban juntos, ella el cello y él al piano. Había un tipo de comunicación casi como si usaran lenguaje musical de la manera como usted describía antes la transformación.

D. M.: Sí, el “lenguaje” musical es probablemente el mejor ejemplo para mostrar adónde se puede llegar más allá de los límites del lenguaje.

J. F.: O sea que, en cierto modo, esa transformación no se limita al lenguaje *per se* sino que es una transformación simbólica, transformación en símbolo en cierto modo.

D. M.: Sí, símbolos que pueden encontrar lenguaje o forma o forma musical.

J. F.: A veces se ha criticado al psicoanálisis por centrarse tanto en la palabra. Pero es esa la realidad de la vivencia humana, el lenguaje es la transformación que nos hace humanos.

D. M.: Bueno, creo que se ha criticado por centrarse en palabras psicoanalíticas, lo que se llama con razón: jerga. No se nos podría criticar por ser poetas. Esto es lo que tiene que ser. Los grandes sueños, por ejemplo, son sencillos y a menudo poéticos.

J. F.: ¿Cómo se desarrolla esa capacidad de escucha, de estar abierto a oír el lenguaje del paciente?

D. M.: Tratando de enseñar psicoanálisis a gente relativamente prin-

cipiante, lo que me resulta más difícil es que entiendan que no se hace análisis escuchando, lo haces mediante observación. Y por eso conseguir que un estudiante te describa una sesión y no meramente la grabación como si dijéramos de la sesión, es muy, muy difícil, especialmente si no tienen una experiencia psicoanalítica del tipo en la que el analista está describiendo continuamente sus observaciones. Es necesario que el analista pueda dirigir la atención del paciente a lo que está teniendo lugar en su mente, no simplemente para mirarse a sí mismo desde el exterior y notando su conducta, sus palabras, etc. Para conseguir eso el analista tiene que ser un agudo observador y por eso la observación de bebés es tan importante. Por supuesto, la variación en las presentaciones de observaciones de bebés ocupa un espectro amplísimo, tal como puedes imaginar. Algunos observadores no describen absolutamente nada, actúan como periodistas, ponen solo hechos, como si dijéramos.

J. F.: Supongo que en términos de observación lo difícil es observar lo que está vivo en la habitación.

D. M.: Sí, es un campo de observación. Escuchar no es escuchar como una grabadora. Es escuchar el lenguaje, escuchar la música, escuchar los usos especiales de las palabras que nos parecen indicar que hay una referencia simbólica, etc. Como una paciente mía que esta mañana, aún la oigo, dudaba sobre si usar una determinada palabra, estaba andando de puntillas. Estaba describiendo el frío que hace y la helada que parece haber tocado todo. Estaba a punto de decir escarcha [*hoarfrost*] pero no se decidía. Entonces, por supuesto, salió un sueño que mostraba claramente que su madre le acusaba de ser una putita [*whore*].³

J. F.: Eso me recuerda su discusión sobre el ‘enamoramiento’ en *La aprehensión de la belleza* [Meltzer & Harris Williams, 1988] en donde usted cita esa preciosa descripción de Robert Louis Stevenson. ¿Cómo entiende usted el enamoramiento?

³ Nota: La primera parte del término “*hoarfrost*” se pronuncia igual que la palabra “*whore*”.

D. M.: Bueno, es una especie de abandono, en primer lugar, que no ocurre con mucha frecuencia. Es un estado de máxima esperanza, todavía no condicionada ni por la observación ni por la experiencia.

J. F.: Según algunos se ha de entender en términos generales como un tipo de estado mental paranoico-esquizoide, y añaden que al ir pasando hacia un estado mental más perteneciente a la posición depresiva, ese fenómeno del enamoramiento no puede tener lugar.

D. M.: Bueno, Freud lo consideraba un estado obsesivo. Creo que quizás eso es más acertado porque el abandono del enamoramiento, el objeto amado, las esperanzas y aspiraciones hacia él, realmente, inundan la mente y en la fase aguda del enamoramiento dejan poco espacio para cualquier otra cosa, al menos temporalmente. En cierto modo, yo creo que el enamorarse siempre es, en cierto modo, *a primera vista*, incluso si no ocurre en realidad la primera vez que uno ve a la persona. Es la primera visión del objeto desde un vértice particular, viéndolo bajo una nueva luz, etcétera.

J. F.: En *La aprehensión de la belleza* [Meltzer & Harris Williams, 1988] su modelo para eso es la aprehensión de la madre, de la belleza de la madre, el pecho, como un objeto abrumadoramente bello.

D. M.: Es correcto, una abrumadora experiencia sensual, sin embargo muy poco condicionada por la experiencia o por la observación, simplemente el impacto.

J. F.: Cuando uno se mueve hacia un estado mental de posición depresiva, no puedo dejar de preguntarme si es posible que haya otro tipo de experiencia cuando uno se está moviendo hacia ese extremo del espectro. ¿Hay otro tipo, un segundo tipo de enamoramiento?

D. M.: Bueno, yo lo veo en términos de la metáfora del proceso natural de fertilización y maduración. En el caso de los frutos, como se sabe, muchos son polinizados y pocos maduran. No tengo ni idea qué factores determinan eso, pero se puede ver: se da una fertilización en

grupo y, luego, del grupo, uno o dos maduran. Las uvas son un caso muy diferente. Son fertilizadas y casi todas maduran a excepción de unas pocas que se quedan verdes y pequeñas. En la naturaleza operan procesos diferentes. Yo creo que el proceso normal entre la gente de nuestra cultura capaz de enamorarse es que se enamoran varias veces antes de que una de esas madure. Para que se dé la maduración se requiere, está visto, un alto grado de reciprocidad, como ocurre en el caso de los bebés.

J. F.: ¿Y la relación de ese estado mental de maduración de la relación, la belleza del objeto y esa primera visión de la belleza de la madre y la belleza del pecho, esa maduración es un volver a esa temprana vivencia?

D. M.: El inicial impacto del objeto, probablemente, tiene sus orígenes en imágenes, anhelos, expectativas bastante antiguas y tiende a ser bastante estereotipado. La maduración de eso es la maduración de la individualidad del objeto amado. Se aleja del estereotipo, llega a ser tan altamente individual como ser único e irremplazable y todas esas cosas.

J. F.: La cuestión de la sinceridad en su ensayo “Sinceridad” [Meltzer, 1971/1994] es una manera interesante de pensar sobre la intimidad y lo que eso significa. Usted lo vincula con la identificación. ¿Podría decir algo sobre la vinculación entre el sentimiento de identidad y los procesos de identificación?

D. M.: El sentimiento de identidad es algo fluctuante. Varía de contexto en contexto. Por ejemplo, cuando estás en un grupo tienes un sentimiento de identidad diferente y medios diferentes de percibir tu sentimiento de identidad, o sea, te imaginas que estás en el público observándote. Tu sentimiento de identidad, pienso, es lo que técnicamente se llamaría una identidad adhesiva, porque está relacionado con la superficie, tu aspecto, tus gestos, el aspecto teatral de tu actuación en el contexto en el que esa actuación casi es únicamente adaptativa. Es muy difícil estar en un grupo y comportarse de otra manera.

J. F.: ¿Está siempre vinculado a las identificaciones propias? ¿Así es como adquirimos nuestro sentimiento de identidad?

D. M.: En cuanto te mueves hacia el ámbito que tiene alguna posibilidad de intimidad, entonces pasas a un ámbito en el que tu sentimiento de identidad se consigue a través de varios tipos de identificación.

J. F.: ¿O sea que existe una muy estrecha conexión entre sentimiento de identidad e identificaciones?

D. M.: Sí, las identificaciones en la situación en la que existe alguna posibilidad de intimidad es percibida por introspección y reconociendo la naturaleza identificatoria de tus sentimientos, actitudes, y demás. Tiene algo de profundidad. En tanto es proyectiva, por supuesto, se comete el error geográfico de identificarse con tu objeto. Ahí es donde se vuelve grandioso y donde se vuelve susceptible y claustrofóbico, etcétera.

J. F.: ¿Podemos mirar brevemente a lo que usted llama “el sentimiento infantil de identidad”? ¿Ese estado mental es el centro de la personalidad, ese sentimiento infantil de identidad o identificación?

D. M.: En la medida en que el nivel infantil aprehende al objeto introyectado, en relación con eso, es una situación familiar en la que eres uno de ellos. Esto se vivencia mucho en la situación analítica donde lo experimentas como externalizado en forma de transferencia.

J. F.: ¿Y esto está, otra vez, relacionado con los objetos internos introyectados?

D. M.: Correcto; y sus cualidades están relacionadas con los objetos introyectados y sus cualidades.

J. F.: Eso estaría, en cierto modo, relacionado con la perspectiva de que el centro de la personalidad es relacional, es decir que no se puede hablar de un self definido por impulsos, una especie de self infantil que está hambriento, pero que siempre está hambriento por algo o alguien.

D. M.: Se relaciona con el objeto o se relaciona narcisísticamente.

J. F.: Pero aún en la relación narcisista hay algún tipo de relación de objeto.

D. M.: Es así, sí, no aprehende el Ello y el Superyó y se evalúa en esos términos, se evalúa experimentalmente en términos de relación. Cuando la relación es narcisista, se aprehende como parte de una pandilla de niños en oposición a los padres. Cuando se relaciona con los padres, vivencia la situación obsesivamente en la que los padres están separados y se relaciona con ellos por separado. O bien se relaciona con ellos como objeto combinado y se aprehende a sí mismo en su dependencia e inferioridad respecto a ese objeto combinado.

J. F.: Entonces, con ese sentimiento de identidad, sentimiento infantil de identidad, hay innegables ansiedades.

D. M.: Sí. En términos freudianos se clasificarían como ansiedades superyoicas. En términos kleinianos también existe la cuestión de las ansiedades del Ideal del Yo, las que son principalmente sentimientos de dependencia, sentimientos de pesar.

J. F.: ¿En términos kleinianos, en términos de la posición paranoide-esquizoide, entonces esas ansiedades son primarias en términos de la situación infantil?

D. M.: Sí y dependen de las cualidades de los objetos internos y de las cualidades de la relación con ellos, y eso forma el centro de la personalidad.

J. F.: O sea que si ese es nuestro punto de partida, el sentimiento infantil de identidad, otra característica es que son, digamos, pasajeros, momentáneos o fragmentarios. No están organizados formando un sentimiento estable del *self*.

D. M.: Bueno, el problema es que hay tanta inestabilidad, que es dependiente del contexto del mundo externo. Como digo, cuando estás

en un grupo, desaparecen. Cuando las relaciones actuales tienen muy poca cualidad íntima, son mayormente paranoico-esquizoides.

J. F.: Y en términos de un sentimiento de identidad infantil, el tipo de relación a mí me parece caracterizado por intimidad pero de un tipo inestable. Puede ser íntima en un momento dado y no serlo al momento siguiente.

D. M.: Así es. La relación hacia los padres varía desde ser experimentada como de un modo aristocrático, por ejemplo, o el modo obsesivo de control omnipotente y la separación de esos objetos. O puede ser vivida de un modo muy paranoico, donde esos objetos están tan confundidos con partes proyectadas del *self* que no funcionan como objetos sino como lo que, a veces, llamamos “objetos del *self*”.

J. F.: ¿O sea que es ahí cuando las ansiedades asociadas con el sentimiento infantil de identidad se hacen tan aplastantes, cuando uno ve el tipo de identificaciones narcisistas, como una defensa contra esas ansiedades?

D. M.: Bueno, no sé si son una defensa o si son simplemente un hecho del nivel de relación y un nivel de intimidad con uno de los objetos internos.

J. F.: Desde el punto de vista descriptivo casi parece como si uno recorriera un espectro que empieza con el sentimiento de identidad infantil para pasar a un tipo de identificación narcisista y, con suerte, más allá, pero que casi es necesario pasar por ese estadio de organización del *self* en esos modos narcisistas.

D. M.: Sí, ese proceso cíclico tiende a existir, como se ve en el análisis. Se lo ve en la sesión, en la semana, en los períodos [entre vacaciones]. Un proceso cíclico donde el movimiento en espiral solo progresa hacia adelante muy lentamente.

J. F.: ¿Entonces se podría ver también en la relación de pareja adulta, pasar por un tipo semejante de ciclo en el que [un miembro de] la

pareja deviene una especie de objeto transferencial, y donde puede haber identificaciones infantiles e identificaciones narcisistas?

D. M.: Sí, es cierto.

J. F.: Uno de los puntos fundamentales que usted subraya es que cuando pasamos a una identificación narcisista, el sentimiento de identidad es delirante, mientras que en el sentimiento de identidad infantil hay algo más genuino o, digamos, espontáneo.

D. M.: El tipo de narcisismo proyectivo resulta en un sentimiento de identidad delirante, de *ir siendo* realmente el objeto. Esa es la grandiosidad que muy rápidamente se convierte en claustrofobia.

J. F.: Mi impresión es que, se podría decir, gran parte de las discusiones sobre identificación proyectiva narcisista se habla de cuál parte del *self* o del objeto interno es proyectada, mientras que yo creo que usted habla también de una perspectiva diferente que yo llamaría “fenomenológica”. Es decir, que usted describe la fenomenología del estado mental narcisista: la persona que está en identificación proyectiva tiene ciertas características de ese estado mental.

D. M.: Sí y la característica predominante es que es un mundo diferente, el mundo del interior del objeto, que tiene gran parecido con el mundo exterior político.

J. F.: Y el habitar ese otro mundo produce también estados mentales característicos, como seguridad o arrogancia.

D. M.: Todo el espectro de la grandiosidad.

J. F.: La razón por la que creo que es importante es que, a veces, uno ve en una pareja o en pacientes cierto estado mental, un tipo de grandiosidad, de arrogancia, sin poder llegar a decir qué se está proyectando en quién. Es decir que quizás uno no pueda describir la dinámica pero puede describir la fenomenología que se presenta, que tal persona parece estar en tal estado mental.

D. M.: Así es, creo que se puede describir la geografía.

J. F.: Sí. Estás definiendo la geografía describiendo el estado mental.

D. M.: Cuando ves ciertos estados mentales, puedes estar bastante seguro de que estás viendo una variante de la geografía.

J. F.: Sí pero cuando oyes un sueño podrías hacerte una idea de la forma y los contornos de esa geografía.

D. M.: Es correcto.

J. F.: Pero parece que usted está haciendo algo importante, lo cual es ayudarnos a detener y observar el estado mental que podría ser anterior a escuchar los sueños o tener alguna idea de cómo son los contornos de aquella geografía.

D. M.: Hay ciertas cosas que se pueden ver en la cara del paciente cuando entra.

J. F.: Y se ve en la manera como se trata la pareja, el tono de voz, el tipo de arrogancia, etc. Otra cosa que usted dice –quizás podría añadir algo– es que en esas identificaciones proyectivas hay siempre un sentimiento de daño al objeto. ¿Es porque se siente que ha entrado sin haber sido invitado?

D. M.: Sí, me parece que hay parasitismo del objeto y que, por lo tanto, el modo proyectivo pocas veces está muy lejos de la hipocondría.

J. F.: Y al mismo tiempo el estado mental de una entrada intrusiva en un objeto del que uno se convierte en parásito, puede variar.

D. M.: Bueno, creo que en el caso de la identificación proyectiva, depende mucho del compartimento [del cuerpo de la madre interna] en el que se entra. Si se entra en la cabeza/pecho, se entra en la personalidad y se identifica con la personalidad del objeto. En los otros compartimentos es está más identificado con las cosas que suceden,

como si dijéramos, en esos compartimentos. Es una situación social mucho más evidente.

J. F.: ¿Entonces, qué efecto tiene eso sobre el estado mental, el que uno esté interesado en lo que pasa?

D. M.: En el caso de estar en el recto [de la madre interna] entonces coges los aspectos políticos del entorno social. En el caso de una proyección genital, hay una continua erotización de todo.

J. F.: En relación al uso que usted hace del término “político” en esa situación, algunas personas podrían decir que es un uso peyorativo del término “político”.

D. M.: Sí, probablemente sea un uso peyorativo del término “político” porque, en mi opinión, la política realmente tiene que ver únicamente con la supervivencia y es absolutamente egocéntrica.

J. F.: O sea que si estuviéramos definiendo el estado mental y el estado mental político, sin usar el término “político”, hablaríamos de un estado mental preocupado únicamente por la supervivencia.

D. M.: Sí, así es como lo veo.

J. F.: Mientras que en el área genital la erotización significa que hay un estado continuo de excitación.

D. M.: Sí, es el jardín de los placeres terrestres.

J. F.: ¿Cómo se relacionaría eso con su noción más ampliada de la masturbación, que significa el uso del cuerpo para generar un estado mental omnipotente? ¿Está eso conectado con esta erotización, esta excitación?

D. M.: Me parece que la distinción entre excitación y emoción es muy central en esto. La masturbación genera excitación, no emoción.

J. F.: ¿Cómo distingue entre excitación y emoción?

D. M.: La excitación es suscitada, le falta autenticidad.

J. F.: O sea que sería bastante posible confundir excitación y emoción. ¿Si uno no ha tenido una experiencia real de emoción podría no ver la diferencia?

D. M.: Por supuesto. Es mi opinión que casi todos han tenido ese tipo de experiencias que, me parece, son la experiencia del objeto estético.

J. F.: No estoy seguro de que todo el mundo vería clara la diferencia entre excitación y emoción. Pienso en pacientes que he visto donde la excitación es lo que entienden por emoción.

D. M.: Sí, pero mi opinión es que se ha tenido y se ha perdido, que esa distinción se ha perdido, la emoción ha sido abandonada a favor de la excitación.

J. F.: ¿O podríamos decir que esa diferenciación, esa distinción, es atacada por las defensas y destruida? ¿Mirado desde una perspectiva defensiva, la excitación está disponible como sustituto, una defensa contra la emoción que se siente como intolerable?

D. M.: “Atacada y destruida” me parece que hace referencia a las perversidades y a lo que veo como la Tabla negativa. Hay todo un proceso para la fabricación de mentiras y autoengaños, etc. Quizás logre destruir la diferenciación, pero no siempre.

J. F.: Y, en realidad, “perdida” ¿quiere decir que es recuperable?

D. M.: Eso pienso; sí.

J. F.: Debe ser parte de los sentimientos de ese estado mental de vacío que la gente tiene.

D. M.: Eso pienso, quizás con la excepción de los psicópatas, que

parecen ser un grupo realmente muy especial, como gente ocupada en proyectar su paranoia.

J. F.: Tornando al tema de la intimidad y a la cuestión del estado mental narcisista o de identificación proyectiva, ¿qué tipo de intimidad es posible, entonces? ¿Cuál es la naturaleza de la intimidad? ¿O no hay?

D. M.: No. Pienso que la identificación proyectiva excluye la intimidad. Incluso en la identificación en la cabeza/pecho es omnisciente y controladora y posesiva, etc. No tiene ni una pizca de intimidad.

J. F.: Pero cuando sí hay entre dos personas un tipo de proceso semejante, por ejemplo, a la identificación proyectiva mutua, un acomodarse a las proyecciones del otro, se da algo que podría parecer intimidad pero que sería más bien colusión.

D. M.: Sí, con mucha frecuencia eso surge entre hermanos. Crece lentamente y gradualmente, se da un ajuste, luego, por supuesto, esa situación fraternal se puede repetir en una posterior relación del tipo “casita de muñecas” o diferentes tipos de relaciones sadomasoquistas.

J. F.: Si el sentimiento de identidad es delirante, ¿podríamos hablar de un *delirio de intimidad*?

D. M.: Sí; los masoquistas con frecuencia declaran estar profundamente enamorados de los sádicos y lo creen.

J. F.: Ese tipo de delirio de intimidad tendría la misma relación con la intimidad como el delirio de intimidad tiene con el sentimiento infantil de identidad. En cierto modo se parece a lo que es auténtico.

D. M.: Bueno, se basa en la pérdida de la diferenciación entre emoción y excitación. El delirio de benevolencia, por ejemplo, es una de las cosas más difíciles de desenredar.

J. F.: ¿Por qué es tan difícil?

D. M.: Porque normalmente encuentra objetos que le están profundamente agradecidos por eso.

J. F.: Pero no se puede incluir la preocupación por el objeto de la posición depresiva.

D. M.: Casi siempre se traduce eventualmente en desilusión y el descubrimiento del parasitismo; son tan poco agradecidos.

J. F.: La persona con ese delirio de benevolencia es en realidad un parásito del objeto.

D. M.: En cierto sentido, es un parasitismo mutuo.

J. F.: En ese sentido, por ejemplo, la relación sadomasoquista es parásita.

D. M.: Sí. Por supuesto, aunque lo que oyes de los pacientes es más bien, muy a menudo, de la variedad “nadie me ama”. Pero, en realidad, lo que descubres en el análisis es que las personas son malos aceptadores de amor, lo mantienen a distancia, a caballo regalado no se le miran dientes.

J. F.: Quisiera terminar preguntándole sobre lo que yo pienso es un punto de vista especialmente importante, incluso radical, sobre la parte adulta del *self*, el logro de lo que podría llamar “sentimiento adulto de identidad”. Usted lo ha ligado estrechamente con la identificación introyectiva, en particular la identificación introyectiva con el objeto combinado. Lo cual sugiere que en cierto sentido la dependencia ocupa el centro de la vivencia humana porque al fin y al cabo dependemos de nuestros objetos internos.

D. M.: Muy cierto. Y o bien son aprehendidos ya sea a causa de sus funciones superyoicas, o aprehendidos primariamente sobre la base de sus funciones de Ideal del Yo. Esto último es lo que da estabilidad a la personalidad.

J. F.: Da estabilidad porque permite un tipo de aspiración.

D. M.: Así es; genera sentimientos de no ser merecedor y de inferioridad, lo cual genera crecimiento y desarrollo.

J. F.: Un sentimiento particular de no ser merecedor, no del tipo que se daría en un estado mental paranoico-esquizoide, donde hay una especie de desesperanza, sino un no ser digno, que incluye esfuerzo por emular al objeto.

D. M.: Sí; nace de la apreciación, gratitud y reconocimiento de haber sido tratado según tus necesidades y no según tus méritos. Es la esencia de la posición paterna buena, responder a la necesidad del niño.

J. F.: En cierto modo el estado mental narcisista es un intento de haber llegado, mientras que el estado mental de la identificación introyectiva es el reconocimiento de que uno nunca llega, que está siempre esforzándose.

D. M.: Cierto. Que los objetos internos de uno están siempre delante de ti en su desarrollo y por tanto en situación de enseñarte, que la persona que crece está continuamente encontrando nuevos maestros.

J. F.: Y que la persona que crece puede también buscar un compañero que ame, una relación con otro que tenga esas cualidades de humildad, de no ser digno, de esforzarse.

D. M.: Eso parece más que probable.

J. F.: Casi viene a ser una definición de la relación íntima en la pareja adulta, el estar en ese estado mental.

D. M.: Sí, que hay una especie de reverberación ligada a relacionarse mutuamente con los objetos internos de cada uno. Y es mi manera de ver la transferencia: el analista ofrece al paciente sus objetos internos para compartirlos; la transferencia es hacia esos objetos internos.

J. F.: ¿Conocidos a través de la relación con el analista?

D. M.: Bueno, experimentado, experimentado con el analista como vicario o portavoz de esos objetos internos, él no declara poseer esas cualidades en sí mismo.

J. F.: Eso sería, una vez más, no solo una definición de la situación analítica sino posiblemente también una manera de entender la adulta relación íntima amorosa.

D. M.: Y la humildad entre ambos que está involucrada.

J. F.: ¿Y el tratarse entre sí según las necesidades entra ahí, en la función paterna?

D. M.: Sí.

J. F.: Muchas gracias, Dr. Meltzer.

Bibliografía

FISHER, J. (1994): Intrusive identification, the claustrum and the couple. *Journal of the British Association of Psychotherapists*, 27, (Summer), 3-19.

SPILLIUS, E. BOTT (1988): General introduction. In: *Melanie Klein Today*, Vol.1: Mainly Theory (pp. 1-7). London: Routledge.